

tro entre las manos; una lámpara suspendida alumbraba sus armas colgadas sobre su cabeza en el mástil de la tienda.

—¿Sufres?—le dijo el esclavo,—¿qué quieras? contéstame. Y le sacudió cogiéndole por el hombro y llamándole muchas veces: ¡amo! ¡amo!

Matho, le miró al cabo con sus ojos grandes y velados.

—¡Oye!—dijo en voz baja,—¡los dioses me castigan! ¡la hija de Hamílcar me persigue! ¡tengo miedo, Spendio! Y se apretaba contra su pecho como un niño asustado por un fantasma.—¡Háblame! ¡estoy enfermo! ¡quiero curar! ¡Todo lo he probado! ¿Sabes acaso algún dios más fuerte, ó alguna invocación irresistible?

—¿Para qué?—preguntó Spendio.

Golpeándose la cabeza con sus puños, Matho contestó:

—¡Para alejarla!

Luego, como hablando consigo mismo, decía:

—Sin duda soy la víctima de algún holocausto que ella ha prometido á los dioses... me tiene encadenado por una cuerda invisible. Cuando yo camino es que ella adelanta; cuando me detengo, es que ella reposa. Sus ojos me que man, oigo su voz, me rodea, me penetra. Me parece que esa mujer se ha convertido en mi alma. Y sin embargo, hay entre nosotros dos las olas invisibles de un océano sin límites. ¡Cuán lejana, y cuán inaccesible! El esplendor de su belleza la rodea de un nimbo de luz, y á veces creo que jamás la he visto... que no existe... que todo eso es un sueño!

Así, Matho lloraba en las tinieblas, los bárbaros dormían.

Spendio, mirándole, recordaba á los jóvenes que, en otro tiempo, le suplicaban cuando paseaba por las ciudades su rebaño de cortesanas. Sintió piedad y dijo:

—¡Sé fuerte, amo mío! ¡Llama á tu voluntad, y no imploras á los dioses, pues éstos no hacen caso de los gritos

de los hombres! ¡Lloras como un cobardel! ¿No te humilla que una mujer te haga padecer tanto?

—¿Soy acaso un niño? ¿Crees que me enternecen todavía sus rostros y sus canciones? En Drepano, teníamos muchas para limpiar nuestros establos. He violado á algunas en los asaltos, bajo los techos que se derrumbaban, y cuando la catapulta vibraba todavía. ¡Pero esta, Spendio, esta!...

El esclavo le interrumpió:

—¡Si no fuera la hija de Hamílcar!...

—No, —gritó Matho.—No se parece á las hijas de los demás hombres. ¿Has visto sus grandes ojos bajo sus cejas, como soles bajo arcos de triunfo? Acuérdate: cuando ella apareció, palidieron las antorchas. Entre los diamantes de su collar, brillaban mucho más que las piedras, los espacios de su piel desnuda; dejaba al pasar como el aroma de un templo, y de su sér emanaba algo que era más suave que el vino, y más terrible que la muerte.

Calló un instante, con la cabeza baja, las pupilas fijas.

—¡La quiero! ¡la necesito! ¡muero por ella! Al pensar que puedo estrecharla entre mis brazos un furor de locura me arrebató, y sin embargo, la odio, Spendio. ¡Quisiera pegarle! ¿Qué hacer? Ganas me dan de venderme para convertirme en su esclavo. ¡Tú lo has sido! ¡Tú podías verla, hablarme de ella! ¿Todas las noches sube á la terraza de su palacio? ¡Ah! las piedras deben estremecerse bajo sus sandalias y las estrellas inclinarse para verla.

Cayó bramando como un toro herido.

Luego Matho cantó: «Persiguió en la selva al monstruo hembra cuya cola ondulaba sobre las hojas muertas, como un rayo de plata.» Y atiplando su voz, trataba de imitar la de Salarabó, mientras sus manos hacían los movimientos que viera ejecutar á las de aquella.

Quiso después aturdirse con vino. Después de sus borracheras, estaba más triste aún. Trató de distraerse echando las tabas, y perdió una por una, las placas de oro de su

collar. Se dejó conducir junto á las sacerdotisas de las diosas, pero bajó la colina sollozando como el que vuelve de un funeral.

Spendio, por lo contrario, era cada vez más atrevido, y estaba más alegre. Se le veía entre los soldados bebiendo y bromeando de continuo. Compañía las corazas abolladas. Jugaba con puñales. Iba al campo á recoger hierbas para los enfermos. Era gracioso, decididor, parlanchín y diestro. Los bárbaros se acostumbraron á sus servicios y le estimaban.

En vano esperaban éstos un embajador de Cartago que les trajera sobre recua interminable de mulos, cestas repletas de oro; y de continuo calculaban lo que debían cobrar, trazando con sus dedos cifras en la arena.

Cada cual pensaba como se las arreglaría; tendrían concubinas, esclavos, tierras. Otros, anhelaban esconder su tesoro, ó arriesgarlo en expediciones marítimas. Pero á causa de la ociosidad continuada, estallaban muchas disputas entre infantes y jinetes, entre bárbaros y griegos.

Cada día llegaban al campamento, muchos hombres casi desnudos con la cabeza envuelta en hierbas, para evitar los rayos del sol. Eran los deudores de los cartagineses, obligados á labrar sus tierras, que se escapaban de la dominación odiosa. También afluían libios, aldeanos arruinados por los impuestos, desterrados, malhechores.

Todos abominaban de la República. Spendio más que nadie. Se hablaba de marchar en masa contra Cartago y llamar á los romanos.

Una noche, á la hora de la cena, se oyó un rumor que cada vez se acercaba más, y á lo lejos, se vió una masa roja que adelantaba entre las ondulaciones del terreno.

Era una gran litera de púrpura que ostentaba en los ángulos ramilletes de plumas de avestruz; guirnaldas de perlas adornaban sus ventanas cerradas. La seguían muchos

camellos, que hacían sonar la gran esquila colgada de su cuello, y cerca de ellos, galopaban muchos jinetes con armadura de escamas de oro que les cubrían desde los talones hasta los hombros.

Se detuvieron á trescientos pasos del campamento, para sacar de los estuches que llevaban á la grupa su escudo redondo, su ancha espada, y su casco á la beocia. Algunos permanecieron con los camellos, los otros continuaron adelantando. Al cabo de pocos momentos, aparecieron las armas de la república, es decir los palos de madera azul, terminados en cabezas de caballo y en piñas de pino.

Los bárbaros se levantaron todos aplaudiendo; las mujeres se precipitaron hacia los guardias de la Legión y les besaban los pies.

La litera adelantó llevada por doce negros, que marchaban á pasos cortos y rápidos. No podían adelantar en línea recta, porque se oponían á su marcha las cuerdas de las tiendas, los tripodes y los animales domésticos que en gran número corrían sueltos por el centro del campamento. A veces una mano carnosa, llena de sortijas, entreabría las cortinillas; una voz ronca vomitaba injurias; entonces los portadores se detenían, y después, cambiaban de dirección.

Las cortinas de púrpura se levantaron, y se vió sobre un amplio cojín una cabeza humana impasible y abotagada. Las cejas, formaban como dos arcos de ébano unidos por los extremos; lentejuelas de oro centelleaban entre su pelo lanoso, y el rostro era tan pálido que parecía embadurnado con polvos de mármol. El resto del cuerpo desaparecía bajo las pieles que llenaban la litera.

Los soldados reconocieron el hombre tendido al suffeta Hannon, el que había contribuido por su torpeza, á la pérdida de la batalla de las islas Agates; en cuanto á su victoria, de Hecatómpeos sobre los libios, si había demostrado clemencia, era por avaricia, según pensaban los bárbaros, pues había vendido por su cuenta todos los cauti-

vos, habiendo dicho á la República que les había matado. Después de escoger sitio á propósito para arengar á los soldados, hizo una señal; la litera se detuvo, y Hannon, sostenido por dos esclavos, bajó al suelo tambaleándose.

Llevaba botas de fieltro negro adornadas con lunas de plata. A sus piernas arrollábanse cintas parecidas á las de las momias, dejando escapar á trechos las carnes flácidas. Su vientre sobresalía de la túnica corta de color escarlata que le llegaba á los muslos. La papada caía hasta su pecho y su túnica pintada de flores, parecía estallar en los sobacos. Llevaba una banda, un cinturón y un ancho manto negro de dobles mangas. La riqueza de su traje, su gran collar de piedras azules, sus broches de oro y sus pesados aretes, hacían más asquerosa su deformidad. Hubiérase dicho que era un ídolo rechoncho mal cortado de un bloque de piedra, pues una pálida lepra extendida sobre todo su cuerpo le daba la apariencia de las cosas inertes. Sin embargo, su nariz, encorvada como el pico de un buitre, se dilataba con violencia para aspirar el aire y sus ojillos pitarrosos brillaban con fulgor duro y metálico. Llevaba en la mano una espátula de oro para rascarse la piel. Dos heraldos soplaron en sus cuernos de plata; cesó el tumulto, y Hannon habló.

Empezó por hacer el elogio de los dioses y de la República; los bárbaros debían felicitarle por haberle servido, mas era preciso mostrarse razonables, pues los tiempos eran malos.

«Si un amo no tiene si no tres aceitunas, ¿no es justo que guarde dos para él?»

El viejo sufeta esmaltaba su discurso con proverbios y apólogos, moviendo la cabeza para solicitar la aprobación.

Hablaba en púnico y los que le rodeaban eran campanianos, griegos y galos, de modo, que nadie le entendía. Hannon lo advirtió, se detuvo, y balanceándose pesadamente sobre una y otra pierna, reflexionó.

Se le ocurrió la idea de convocar á los capitanes; y entonces los heraldos gritaron aquella orden en griego, lengua que, desde Xantippo, se empleaba para las voces de mando en el ejército cartaginés.

Los guardias apartaron á latigazos la turba de soldados; y bien pronto, los capitanes de las falanges y los jefes de las cohortes bárbaras, llegaron ostentando las insignias de su grado y las insignias de su nación. Había cerrado la noche, un gran clamoreo se elevaba en la llanura, aquí y allá brillaban hogueras; todos hablaban preguntándose: «¿Qué hay? ¿por qué no se distribuye el dinero?»

Hannon explicaba á los capitanes las cargas infinitas de la República. Su tesoro estaba agotado. El tributo de los romanos lo aplastaba.

De cuando en cuando se rascaba los miembros con su espátula, ó bien se interrumpía para beber en una copa de plata que le tendía un esclavo, hecha con cenizas de espárragos hervidos en vinagre, luego se limpiaba los labios con una servilleta de color escarlata, y añadía:

—Lo que antes valía un siclo de plata, vale hoy tres shekels de oro, y las tierras sin cultivo, durante la guerra, no producen nada. Nuestras pesquerías de púrpura están casi perdidas, y las perlas cuestan un ojo de la cara; apenas si tenemos bastantes unguentos para el servicio de los dioses. En cuanto á los manjares resultan carísimos. Por falta de galeras, no tenemos especias, y cuesta mucho obtener silphio, á causa de las rebeliones de Cyrene. Sicilia, donde tantos esclavos adquiríamos, se perdió para nosotros. Ayer mismo, por un bañero y cuatro pinches de cocina, di más dinero que en otras ocasiones por un par de elefantes.

Desenrolló una larga tira de papiro, y leyó sin perdonar una sola cifra, todos los gastos que el gobierno había hecho: tanto para reparaciones de templos, como para pavimentar las calles, para la construcción de buques, para las pes-

querías de coral, para las máquinas de las minas en el país de los cántabros.

Pero los capitanes, lo mismo que los soldados, tampoco entendían el púnico, aunque los mercenarios se saludaran en esa lengua.

Los griegos, apretados en sus cinturones de hierro, aguzaban el oído, esforzándose en adivinar sus palabras, mientras los montañeses, semejantes á osos, envueltos en sus pieles le miraban con desconfianza, ó bostezaban apoyados en sus mazas con clavos de cobre. Los galos movían murmurando su cabeza, y los hijos del desierto escuchaban inmóviles bajo sus trajes de lana gris. Cada vez llegaba más gente, los guardias, á quienes la multitud empujaba, tambaleábanse sobre sus caballos. Los negros sostenían ramas de pino inflamadas, y el obeso cartaginés continuaba su arenga, subido sobre un montículo de césped.

Los bárbaros se impacientaban, se levantaron murmullos, y empezaron á apostrofar á Hannon. Este gesticulaba con su espátula. Los que querían hacer callar á los demás, gritando, aumentaban el barullo.

De repente, un hombre de pobre apariencia, llegó hasta los pies de Hannon, arrancó la trompeta de un heraldo, sopló, y Spendio (pues era él) anunció que iba á decir algo importante.

Al oír aquella declaración, rápidamente repetida en cinco diversas lenguas, griego, latín, galo, libico y balear, los capitanes medio riendo, medio asombrados, contestaron:

—¡Habla! ¡Habla!

Spendio vaciló, temblaba; por fin, dirigiéndose á los libios que eran los más numerosos dijo:

—¡Todos habéis oído las horribles amenazas de este hombre!

Hannon no replicó porque no comprendía el libio; y para continuar el experimento, Spendio repitió la misma frase en los demás idiomas de los bárbaros.

Le miraron asombrados; luego, todos como por un acuerdo tácito, creyendo quizá haber comprendido, bajaron la cabeza en señal de asentimiento.

Entonces Spendio empezó con voz vehemente:

—¡Ha dicho que los dioses de los demás pueblos, no eran si no quimeras ante los dioses de Cartago! ¡Os ha llamado cobardes, ladrones, embusteros, perros é hijos de perras! La República, ha dicho, no se vería obligada á pagar, á no ser por vosotros, el tributo de los romanos; vuestros desórdenes han hecho que se hayan acabado las provisiones de perfumes, de aromas, de esclavos y de silphio, pues estáis de acuerdo con los nómadas, en la frontera de Cyrene. ¡Los culpables serán castigados! Ha leído la enumeración de sus suplicios; se les hará trabajar en empujar las calles, en armar navíos, y á los demás, se les enviará á abrir las entrañas de la tierra en Cantabria.

Spendio dijo las mismas cosas á los griegos, á los campanios, á los baleares; reconociendo muchos de los nombres propios que habían herido sus oídos. Los mercenarios quedaron convencidos de que reproducía exactamente el discurso del sufeta. Algunos le gritaron:

—¡Mientes!

Las voces se perdieron en el tumulto que levantaban las otras. Spendio añadió:

—¿No habéis visto que ha dejado fuera del campamento una reserva de sus ginetes? A una señal suya, acudirán para matarnos á todos.

Los bárbaros se volvieron hacia aquel lado, y como la multitud se apartaba entonces, apareció en el centro de ella, adelantándose con la lentitud de un fantasma, un sér humano, encorvado, demacrado, enteramente desnudo, y oculto hasta la cintura por largos cabellos entremezclados con hojas secas, polvo y espinas. Llevaba alrededor de la cintura y de las rodillas trenzas de paja y harapos de tela. Su piel, blanda y terrosa, colgaba sobre sus huesos como pingajos de unas ramas secas; sus manos

temblaban con estremecimiento continuo y caminaba apoyándose en un palo de olivo.

Llegó junto á los negros que sostenían las antorchas. Una especie de mueca de idiota descubría sus encías pálidas. Sus grandes ojos asombrados recorrían las filas de los bárbaros que le rodeaban.

Pero, lanzando un grito de espanto, se echó hacia atrás tapándose con los cuerpos de aquellos. Baluceaba: «¡Helos aquí! ¡Helos aquí!» señalando á los guardias del sufeta inmóviles dentro de sus relucientes armaduras. Sus caballos piafaban deslumbrados por la luz de las antorchas, que chisporroteaban en las tinieblas: el espectro humano se agitaba y gritaba:

— ¡Ellos les han matado!

Al oír aquellas palabras que vociferaba en balear, sus compatriotas llegaron y le reconocieron; sin contestarles repetía:

— ¡Sí, todos muertos, todos! ¡Aplastados como pañas! ¡Cuán fuertes eran! ¡Los honderos! ¡Mis compañeros, los vuestros!

Se le hizo beber vino y lloró, luego, volvió á hablar.

Spendio no pudo contener su alegría; explicando á los griegos y á los libios el hecho que contaba Zaxas, no podía creer en él de puro contento. Los balears palidecían al saber como habían muerto sus compañeros.

Era una tropa de trescientos honderos, desembarcados la víspera, que aquel día durmieron demasiado. Cuando llegaron á la plaza de Khamón, los bárbaros habían marchado, y ellos estaban sin defensa, pues sus balas de arcilla se habían cargado con los demás bagajes. Se les dejó penetrar en la calle de Satheb hasta la puerta de encina chapeada de cobre. Entonces el pueblo se lanzó contra ellos con irresistible impulso.

En efecto, los soldados recordaron un gran grito; Spendio, que huía á la cabeza de las columnas, no le había oído.

Los cadáveres fueron colocados entre los brazos de los dioses Pataicos que rodeaban el templo de Khamón. Se les echó en cara todos los crímenes de los Mercenarios. Su gula, sus robos, sus impiedades, sus desdenes, y la muerte de los peces en el jardín de Salammbó.

Sus cuerpos sufrieron infames mutilaciones; los sacerdotes quemaron sus cabellos para atormentar su alma. Se les colgó en pedazos en las tiendas de los carniceros; algunos llegaron á morder aquellas carnes; y por la noche, para ocultar aquella iniquidad, ardieron grandes piras en las encrucijadas.

Aquellas eran las llamas que habían visto los soldados, á lo lejos, reflejarse en el agua del lago. Pero habiéndose incendiado algunas casas, echaron por encima de las murallas los cadáveres y los agonizantes; Zaxas permaneció hasta el día siguiente entre los cañaverales de las orillas del lago; luego se alejó á campo traviesa en pos del ejército, siguiendo las huellas impresas en el polvo.

Por la mañana se ocultaba en las cavernas, y por la noche se ponía de nuevo en marcha, cubierto de sangrientas llagas, hambriento, enfermo, viviendo de raíces y de carroñas. Al cabo, un día vió relucir las lanzas á lo lejos, y las siguió, á pesar de que su razón estaba turbada á fuerza de terrores y de miserias. La indignación de los soldados, contenida mientras habló el balear, estalló como una tempestad; querían asesinar á los guardias y al general. Algunos se interpusieron diciendo que era mejor oírle y saber si se les pagaría. Entonces todos gritaron: «¡El dinerol!» Hannon les contestó que lo había traído.

Corrieron á las avanzadas y pronto todo el equipaje del sufeta llegó á sus pies, empujado por los bárbaros. Sin esperar á los esclavos, rompieron correas, y destrozaron cestas. Encontraron trajes preciosos, esponjas, rascadores, cepillos, perfumes y punzones de antimonio para pintarse los ojos.

Todos aquellos objetos pertenecían á los guardias, que

eran hombres ricos acostumbrados á aquellas delicadezas.

Después se encontró, sobre un camello, un gran cubo de bronce; pertenecía al sufeta que se bañaba en el camino, pues había tomado toda suerte de precauciones, hasta la de llevarse en jaulas comadrejas de Hecatómpylos que se quemaban vivas para hacer la tisana.

Como su enfermedad le daba gran apetito, llevaba gran cantidad de víveres y vino, salmuera, pescados con miel, grasa de ganso derretida y recubierta de nieve y paja desmenuzada. La provisión era considerable. A medida que abrían las cestas y aparecían aquellos manjares, resonaban formidables carcajadas.

En cuarto á dinero, no había sino dos grandes cofres de esparto; en uno de ellos había discos de cuero de los que la República se servía para ahorrar el numerario; y como los bárbaros parecieron sorprendidos, Hannón declaró que siendo sus cuentas muy embrolladas, los Antiguos no habían tenido espacio para examinarlas. Se les enviaba aquello á cuenta. Entonces todo fué removido, mu'os, criados, litera, bagajes, provisiones.

Los soldados tomaron las monedas de las sacos para lapidar á Hannón. Con gran trabajo pudo subir á un asno y huyó agarrándose á las crines, lanzando alaridos, llorando y llamando la maldición de todos los dioses sobre el ejército.

Su ancho collar de pedrería, saltando, llegaba hasta su frente y orejas y le cegaba.

Mordía con los dientes su largo manto que arrastraba y desde lejos los bárbaros le gritaban:

— ¡Vete, cobarde! ¡marrano! ¡loaca, Moloch! desuda tu oro y tu peste! ¡Aprisa, más aprisa! » La escolta, aterrizada, galopaba junto á él, pero el furor de los bárbaros no se apaciguó. Recordaron que muchos de ellos que marcharon á Cartago, no habían vuelto; les habían matado sin duda.

Tanta injusticia, les exasperó, y arrancaron los palos de las tiendas, y arrollaron sus mantos y ensillaron sus caballos; cada cual tomó su casco y espada, y en un instante todos estuvieron prestos. Los que no tenían armas se lanzaron á los bosques para proveerse de palos.

Amanecía; los habitantes de Sicca, despertados por el ruido, se agitaban en las calles. «Van á Cartago», decíase, y aquel rumor se extendió por la comarca entera. De cada sendero de cada barranco, surgían hombres, los pastores, bajaban corriendo de las montañas. Cuando los bárbaros hubieron partido, Spendio recorrió la llanura montado sobre un caballo púnico, llevando con él á su esclavo que conducía de la brida un tercer caballo.

Una sola tienda estaba en pie.

Spendio entró en ella.

— ¡Levántate, amol! ¡levántate! ¡nos marchamos!

— ¿Dónde vais?—preguntó Matho.

— ¡A Cartago!—gritó Spendio.

Matho montó de un salto en el caballo que el esclavo tenía junto á la puerta.

